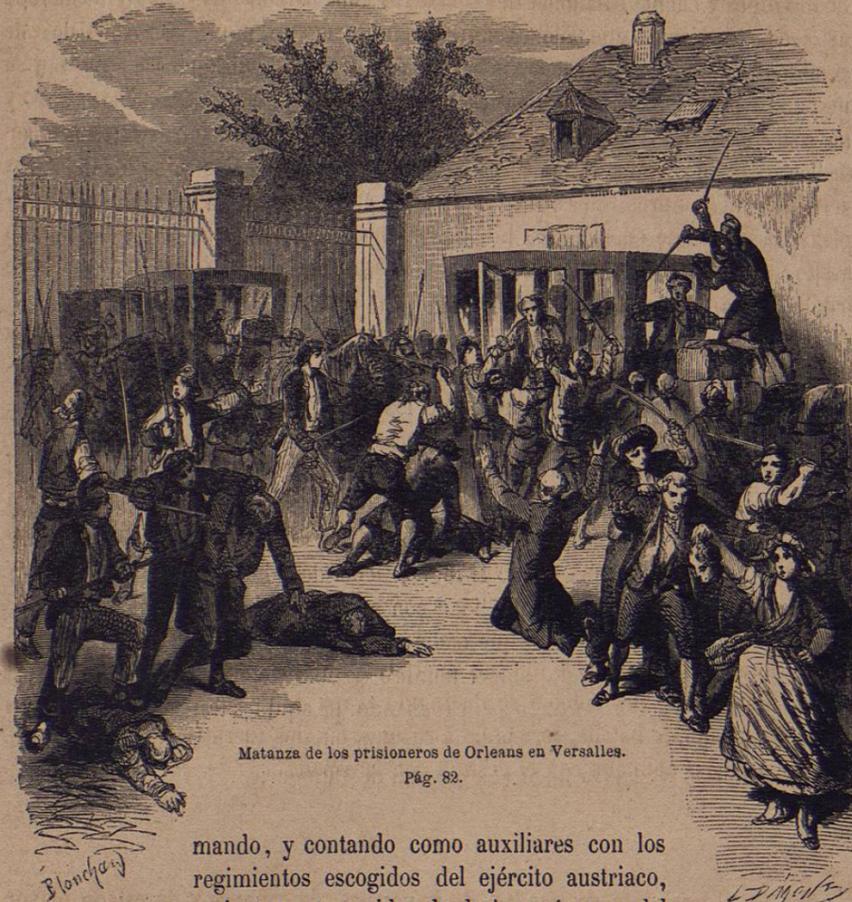


de dragones y cuatro batallones de granaderos entre Gizaucourt y Valmy, ocultando así todo el intervalo que Kellermann no podía cubrir ó que le separaba de este general. Las líneas de Kellermann se formaron en el centro sobre las alturas, y su numerosa artillería cubría con sus piezas las orillas del molino de Valmy, centro y llave de su posición. Casi envuelto por las líneas semicirculares y siempre crecientes del enemigo, embarazado sobre esta elevación, demasiado estrecha para sus veintidos mil hombres, sus caballos, equipajes y cañones, Kellermann no podía desplegar la fuerza de su ejército. El choque que se preparaba se parecía más á un asalto de una brecha defendida por una masa de sitiados, que á un campo de batalla preparado para las maniobras de dos ejércitos.

Desde la cima de esta meseta veía Kellermann salir sucesivamente de la niebla blanquecina de la mañana y brillar á los rayos del sol la numerosa caballería prusiana, que desfilando por escuadrones y rodeando el montecillo de Gizaucourt, amenazaba envolverle como en una red si podía forzar su posición. Varios batallones de infantería costearon también la meseta de Valmy. Habiendo formado el duque de Brunswick todo su ejército en dos líneas y concebido el plan de esta jornada, á eso de las diez se vió destacarse del centro y avanzar hacia las faldas de Gizaucourt y de la Luna una vanguardia compuesta de infantería, caballería y tres baterías. El duque de Brunswick, á caballo, rodeado de un grupo de oficiales, dirigió por sí mismo el movimiento. El ejército francés refuerza entonces sus nuevas líneas y llena el vacío que los cuerpos que tenía destacados dejaban en el centro. Con auxilio del anteojo se distinguió al rey de Prusia vestido de general, sobre un caballo de batalla, formando á retaguardia dos fuertes columnas de ataque, á las cuales animaba con el gesto y con la espada.

## V

Tal era el horizonte de tiendas, de bayonetas, de cañones y de estado mayor que se desplegaba á lo lejos sobre los picos blanquiecos y en los barrancos de la Champaña el 20 de Setiembre á mediodía, precisamente á la misma hora en que la Convención, entrando en sesión, iba á deliberar sobre si Francia había de ser monárquica ó republicana. Por dentro y en el exterior, Francia y la libertad jugaban con la suerte. El aspecto de los dos ejércitos parecía indicar anticipadamente que el éxito de la campaña era contra los franceses. Contaban los prusianos con noventa mil hombres de todas armas, adiestrados en una táctica que era herencia del gran Federico, dirigidos todavía por sus tenientes, con una disciplina que convertía los batallones en máquinas de guerra, y que extinguiendo toda voluntad individual en el soldado, le hacía instrumento dócil del pensamiento y de la voz de sus oficiales; con una infantería cuya firmeza y unión la hacían tan sólida é impenetrable como una muralla de hierro; con una caballería montada en los magníficos caballos de la Frisa y del Mecklemburgo, los cuales por su docilidad á la brida, por su ardor moderado y por su sangre fría é intrépida, no se alborotaban ni con el estampido y el fuego de la artillería, ni con el choque de las armas blancas; con oficiales formados desde la infancia en la profesión de los combates, nacidos, por decirlo así, vestidos de uniforme, conociendo á sus tropas, conocidos y ejerciendo sobre el soldado el doble ascendiente de la nobleza y de la práctica del



Matanza de los prisioneros de Orleans en Versalles.  
Pág. 82.

mando, y contando como auxiliares con los regimientos escogidos del ejército austriaco, recientemente venidos desde las márgenes del Danubio, en donde se habían aguerrido contra los turcos; con una nobleza francesa emigrada que contaba en sus filas todos los grandes nombres de la monarquía, y en las que cada soldado combatía por su propia causa y tenía una injuria que vengar, un rey á quien salvar, y una patria que reconquistar con la punta de su sable ó de su bayoneta; con generales prusianos discípulos todos de un rey militar, y obligados por su honor á mantener la superioridad de su nombre en Europa; con un generalísimo que Alemania proclamaba su Agamenon y que el genio de Federico cubría con un prestigio invencible; en fin, con un rey valiente, adorado de su pueblo, querido de sus tropas, vengador de la causa de los reyes, acompañado de los representantes de todas las cortes sobre el campo de batalla, y supliendo la inexperiencia de la guerra con una intrepidez personal que olvidaba el rango para no acordarse más que de su honor: hé aquí el ejército prusiano.

En el campo francés, por el contrario, no podía contarse sino con una inferioridad numérica de uno contra dos; con unos regimientos reducidos á trescientos ó cuatrocientos hombres por efecto de las leyes de 1790, que habían extinguido los enganches por dinero, privados estos regimientos de sus mejores oficiales por la emigración, que había arrastrado á más de la mitad á una tierra extranjera, y por la creación súbita de cien batallones de voluntarios, á la cabeza de los cuales

se habian puesto como instructores los oficiales que habian quedado en Francia; con otros regimientos y batallones sin espíritu de cuerpo, mirándose con celos ó con desprecio; con dos sentimientos en el ejército, el de la disciplina en los antiguos, y el de la insubordinacion en los nuevos batallones; con unos oficiales antiguos sospechosos á los soldados; con soldados temibles para sus oficiales; con una caballería mal montada y peor equipada; con una infantería instruida y sólida en los regimientos, pero novicia y débil en los batallones de nueva creacion; con un gran atraso en las pagas que se les daban en asignados, despreciados por todos ellos; con armas insuficientes, vestuario desigual, usado, roto y con frecuencia hecho harapos, faltándoles á muchos soldados el calzado, y reemplazando la suela de los zapatos con yerba seca atada á las piernas con cuerdas; todos estos cuerpos ademas, procedentes de diferentes ejércitos y provincias, desconocidos unos y otros, y que apenas sabian los nombres de los generales que los debian mandar; con estos mismos generales ó jóvenes y temerarios, pasando sin transicion de la obediencia al mando, ó viejos y rutinarios, que no podian dominar sus hábitos metódicos ni acostumbrarse á la osadía de las guerras desesperadas; finalmente, con un general de cincuenta y tres años á la cabeza de este ejército incoherente, nuevo en la guerra, y de quien todo el mundo tenia derecho de dudar por la desconfianza en sus tropas, por la rivalidad con su principal teniente, por estar en lucha con su propio gobierno, porque nadie comprendia sus planes audaces y lentos, sin servicios en lo pasado, sin el nombre de una victoria en la hoja de su espada que pudiese servir de título para el mando: hé aquí los franceses en Valmy. Pero el entusiasmo de la patria y de la revolucion latia en el corazón de este ejército, y el genio de la guerra inspiraba el alma de Dumouriez.

## VI

Inquieto Dumouriez por la situacion de Kellermann, y á caballo desde el amanecer, recorrió su línea, escalonó los cuerpos entre Sainte-Menehould y Gizaucourt, y corrió hácia Valmy para juzgar por sí mismo de las intenciones del duque de Brunswick y del punto en que los prusianos concentrarian sus esfuerzos. Encontró á Kellermann dando sus últimas órdenes á los generales que á su izquierda y á su derecha iban á contraer la responsabilidad de la jornada. Uno de ellos era el general Valence, y el otro el duque de Chartres.

Valence, adicto á la casa de Orleans, se habia casado con la hija de madama de Genlis. Diputado por la nobleza en los Estados generales, habia servido con sus opiniones la causa de la libertad, y en la guerra derramó su sangre por ella. Entónces coronel de dragones, joven, activo, gracioso como un aristócrata, patriota como un ciudadano y valiente como un soldado, manejaba la caballería con audacia y habia mandado la vanguardia de Luckner en Courtrai. Su ojeada militar, sus estudios y el aplomo de su talento le hacian capaz de mandar en jefe un cuerpo de ejército. Sin temor se le podia confiar la seguridad de una posicion.

El duque de Chartres era el hijo primogénito del duque de Orleans. Nacido en la misma cuna de la libertad é imbuido en las máximas del patriotismo por su padre, no habia tenido lugar de escoger la opinion que debia seguir. Su educacion hizo la eleccion por él. Habia respirado el hálito de la revolucion, pero no lo habia



EL DUQUE DE CHARTRES.

respirado en el Palacio Real, centro de los desórdenes domésticos y de los planes políticos de su padre. Su adolescencia habia pasado estudiosa y pura en el retiro de Belle-Chasse y en el de Passy, en donde madama de Genlis dirigia la educacion de los príncipes de la casa de Orleans. Ninguna mujer ha confundido tan bien como ella la intriga y la virtud, ni ha asociado una situacion más sospechosa con preceptos más austeros. Odiosa á la madre, favorita del padre, mentor de los hijos, á la vez demócrata y amiga de un príncipe, sus discípulos recibieron con sus lecciones el doble germen del príncipe y del ciudadano, formando sus almas por la suya, dándoles muchas luces, muchos principios y mucho cálculo, enseñándoles ademas una gran destreza para tratar con los hombres y una finura para manejarse en los acontecimientos, que hacen que se reconozca siempre la impresion de la mano de aquella mujer hábil sobre los caracteres que ha tocado. El duque de Chartres no tuvo juventud; la educacion suprimia esta edad en los discípulos de madama de Genlis. La reflexion, el estudio, la premeditacion en todas las ideas y en todos los actos, reemplazaban á la naturaleza por el estudio y al instinto por la voluntad. Ella formaba hombres, pero hombres ficticios. En 1791 era ya coronel, y habia merecido dos coronas cívicas de la ciudad de Vendome, en donde se hallaba de guarnicion, por haber salvado, con peligro de la suya, la vida de dos sacerdotes en un motin, y á un ciudadano en un rio. Asiduo á las sesiones de la Asamblea constituyente, afiliado por su padre en los Jacobinos, asistia en la tribuna á las borrascas de las asambleas populares, atraído por las pasiones que estudiaba, pero sabiendo dominar sus arrebatos, siempre mezclado en los lances del dia para aparecer nacional, y bastante distante de ellos para no comprometer su porvenir. Su familia era la mejor parte de su patriotismo, teniendo hácia ella una veneracion capaz de hacerle sacrificarse por defenderla. Al saber la noticia de la supresion del derecho de primogenitura, se arrojó á los brazos de sus hermanos. «Dichosa ley, — les dijo, — que permite amarse á los hermanos sin envidiarse unos á otros. Ella me prescribe lo que mi corazon me habia dictado anteriormente. Bien lo sabeis, la naturaleza habia hecho entre nosotros esta ley.» La guerra le habia llevado felizmente á los campamentos, en donde toda la sangre de la revolucion era pura. Su padre habia pedido que sirviese á las órdenes del general Biron, su amigo, en donde se señaló por su firmeza en aquellos primeros tanteos de la media campaña de Luckner en Bélgica. A los veintitres años fué nombrado general de brigada por antigüedad en un ejército en que los coroneles más antiguos habian casi emigrado todos, y siguió á Luckner á Metz. Nombrado por Servan gobernador de Strasburgo, le respondió: «Soy demasiado jóven para encerrarme en una plaza. Pido que se me permita permanecer en el ejército activo». Kellermann, sucesor de Luckner, presintió su valor y le confió una brigada de doce batallones y doce escuadrones.

El duque de Chartres se habia hecho aceptar por los soldados viejos como príncipe, por los nuevos como patriota, y por todos como camarada. Su intrepidez era reflexiva, no le arrebatava; lo que hacia era guiarle, iluminando su golpe de vista militar y dejándole toda la sangre fria que se requiere para el mando. Iba al fuego sin apresurarse, pero tambien sin detener el paso. Su ardor no era precipitado, sino hijo de la voluntad, reflexivo como el cálculo, y grave como el deber. Era de elevada estatura, corpulento y de aspecto severo. La elevacion de su frente, sus ojos azules, lo ovalado de su cara y lo hundido de su barba recordaban al

verle esas facciones tan marcadas de la casa de Borbon, é indicaban que habia nacido muy inmediato al trono. Su cuello constantemente inclinado, la postura modesta de su cuerpo, su boca un tanto caída hácia los extremos, su mirada penetrante, su sonrisa cariñosa, su gracioso gesto y su conversacion familiar y franca, mostraban en él el hijo de un partidario de la plebe y recordaban al pueblo. Su familiaridad, marcial con los oficiales, soldadesca con los soldados, patriótica con los ciudadanos, hacía que se le perdonase su origen; pero bajo el exterior de un soldado del pueblo se notaba en el fondo de su mirada cierta cosa que recordaba al príncipe de la sangre. Se entregaba á todos los accidentes de la revolucion con el abandono completo pero hábil de un talento consumado. Parecia que sabía con anticipacion que los acontecimientos gastan á los que los resisten, pero que las revoluciones, á manera de las olas, devuelven los hombres al punto en donde los han cogido. Ejecutar bien lo que las circunstancias le indicaban, fiando el resto al porvenir y á su sangre, era toda su política. Maquiavelo no le hubiera aconsejado mejor que su naturaleza. Su estrella no alumbraba más que algunos pasos delante de él, ni él tampoco le pedia ni más luz ni más claridad. Su ambicion se limitaba á saber esperar, su providencia era el tiempo. Nacido para desaparecer en las grandes convulsiones de su país, para sobrevivir á las grandes crisis, para sojuzgar los partidos ya fatigados, para satisfacer y para amortiguar las revoluciones, en medio de su valor y de su entusiasmo exaltado por la patria, se temia vislumbrar en perspectiva un trono levantado sobre los restos del antiguo por la mano de una república. Este presentimiento, que precede á los altos destinos y á los grandes nombres, parecia revelar de léjos al ejército que de todos los hombres que se agitaban entónces en la revolucion, éste podia ser un día el más útil ó el más fatal á la libertad.

Dumouriez, que habia visto al jóven duque de Chartres en el ejército de Luckner, y que le observó atentamente en esta ocasion, quedó admirado de su sangre fria y de su brillantez en la accion, presintió desde entónces una gran fuerza en aquel jóven, y resolvió atraérselo.

## VII

Los prusianos coronaban las crestas de las alturas de la Luna, y empezaban á descender de ellas en órden de batalla. Los veteranos del gran Federico, lentos y mesurados en sus movimientos, no mostraban ninguna precipitacion, ni fiaban nada á la casualidad. Sus batallones marchaban simultáneamente, formando figuras geométricas y ángulos rectos cual si fuesen unos baluartes. Parecia que dudaban en abordar á un enemigo doble inferior á ellos en número y en táctica, pero cuya tenacidad ó desesperacion temian.

Los franceses por su parte contemplaban no sin un cierto terror de imaginacion aquel ejército inmenso, y hasta entónces invencible, avanzando silenciosamente su primera línea en columnas y desplegando sus dos alas para exterminar su centro y cortarles la retirada, ya sobre Chalons, ya sobre Dumouriez. Los soldados permanecian inmóviles en sus posiciones, temiendo dejar indefenso por un movimiento falso el estrecho campo de batalla en donde podian defenderse, pero en el que no osaban maniobrar. A la mitad de la colina de la Luna, los prusianos

se detuvieron. Sus compañías de zapadores allanaron el terreno en anchas plataformas, y desembocando la artillería de entre los batallones que le abrieron paso, llevó al galope y situó frente de las columnas cuarenta y ocho piezas divididas en cuatro baterías, tres de cañones y una de obuses. Otra batería de la misma fuerza que enfilaba el flanco de las líneas francesas estaba cubierta bajo un velo de niebla á la derecha de los prusianos, y no tardó en romper el fuego en fuertes detonaciones. El fuego principió á la vez por el frente y por los flancos.

A este fuego, Kellermann mueve su artillería y la sitúa delante de la infantería. Más de veinte mil proyectiles lanzados por ciento veinte piezas se cruzan en el aire por espacio de dos horas, surcando el suelo de las



Campamento de Sainte-Menehould.—Pág. 90.

dos opuestas colinas, como si las dos artillerías hubiesen querido abrir brecha en las faldas de las montañas. El humo denso de la pólvora y el polvo producido por el choque de las balas y de las granadas al pegar en el suelo, subiendo por los declives de las colinas y detenido por el viento que corria en aquel desfiladero, impedian á

los artilleros hacer la puntería, equivocando con frecuencia los tiros. Unos y otros combatian en medio de dos nubes de polvo y de humo, y dirigian sus tiros hácia donde oian el estampido del cañon enemigo. Los prusianos, más descubiertos que los franceses, sufrían mayor estrago alrededor de sus piezas. El fuego de los prusianos fué disminuyendo. Kellermann, que espiaba el menor signo de debilidad, creyó notar alguna confusion en sus movimientos, y se precipitó á caballo á la cabeza de una columna sobre ellos para apoderarse de sus piezas. Otra batería enemiga, oculta por un accidente del terreno, apareció entónces al frente de su